
¿ROSTROS DE MUJER?

Prostitución y mundo bohemio en São Paulo (1890-1940)

Margareth Rago

UNA MAÑANA DE 1982, interesada en saber cómo los anarquistas entendían el “amor libre”, fui a investigar a la Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro, donde me encontré con la siguiente indicación en el fichero: “amor libre – véase prostitución”. Descubrí así que la prostitución tenía una historia, a pesar de ser considerada “la profesión más antigua del mundo”, y que mucho de esa historia había sido hecho no sólo por los personajes característicos del mundo bohemio –prostitutas, “matronas”, gigolós, clientes-, sino también por los médicos higienistas y criminólogos, autores de innumerables tesis y tratados científicos sobre las “perversiones sexuales” y la sexualidad en general.

Inevitablemente, surgió la pregunta: ¿qué llevaba a los doctores a interesarse científicamente por las sexualidades marginales y por la vida de ese submundo? No fue difícil darse cuenta de que estaban profundamente preocupados por erigirse en mentores de la sociedad, definiendo los nuevos códigos de la moralidad pública en un tiempo en que, con la modernización y la industrialización, las mujeres, las familias y los jóvenes tenían un acceso mucho más constante y directo al espacio de la vida pública. Además, preocupados por la preservación del matrimonio, los médicos pro-

MARGARETH RAGO

cuñaban determinar la educación sexual de los jóvenes, aceptando discretamente la prostitución como un “mal necesario” para garantizar la moralidad familiar (Engel, 1989; Rago, 1991).

Creendo que era posible confinar social y geográficamente el deseo, médicos, criminólogos y autoridades públicas defendieron la ubicación en las afueras de la ciudad de las “sexualidades peligrosas”, lejos de las miradas curiosas de los más desprevenidos e incautos. Tanto los *reglamentaristas*, esto es, los partidarios de la intervención del Estado en la reglamentación de la prostitución, como sus opositores, los *abolicionistas*, aquellos que defendían la abolición del control estatal sobre la vida sexual de los individuos, creían que era posible delimitar rígidamente los espacios del comercio sexual, así como imponer sus reglas de funcionamiento¹.

Así nació la “zona del meretricio”, hoy bastante venida a menos, si no por el número de personas que por allí circulan, sí al menos por el contenido, las funciones y las formas que tradicionalmente adquirió y desempeñó, así como por los tipos sociales que en otro tiempo acogió.

Pretendo plantear en este texto algunos puntos problemáticos acerca de la prostitución en la modernidad, intentando observar comparativamente los rumbos y significados históricos que esta institución tuvo en el pasado, tanto para hombres como para mujeres, y los que hoy está adquiriendo. Hay un cierto consenso entre los historiadores, asistentes sociales y otros profesionales sobre este punto: la prostitución que surge hacia el final del siglo pasado en Brasil entra en un profundo declive a partir de la década de 1960, ya sea por la “revolución sexual” y la enorme alteración de las costumbres y patrones de comportamiento, por el descubrimiento de la píldora anticonceptiva y los métodos contraceptivos más especializados o, incluso, por la mayor libertad de las prácticas homoeróticas femeninas y masculinas.

Al mismo tiempo, las constantes noticias que aparecen en la prensa y los noticieros de televisión alertan contra el crecimiento del comercio sexual de niños y adolescentes en el país, tanto en la prostitución más baja como en la de lujo, resultante, en parte, del

¹ Un trabajo pionero sobre este punto es el de Corbin, 1978.

¿ROSTROS DE MUJER?

incremento del turismo internacional. Periodistas, intelectuales y representantes de ONGs dedicadas a la defensa de los derechos de las mujeres y los niños, todos están de acuerdo en la necesidad de luchar contra el tráfico sexual de jóvenes del Norte y el Nordeste, en búsqueda de nuevas soluciones para un problema que parece no cesar de asumir alarmantes proporciones.

Por otro lado, militantes pastorales y asistentes sociales lamentan el fin de las antiguas zonas de meretricio, donde podían trabajar con una relativa seguridad personal, a la vez que sabían dónde se encontraban exactamente las prostitutas que irían a “concienciar” o regenerar.

Ahora las mismas prostitutas intentan cambiar el nombre de su profesión y se hacen llamar “trabajadoras del sexo”, están políticamente organizadas en redes cada vez más complejas y proponen nuevas cuestiones para discutir sus derechos y posibilidades de defensa y supervivencia en un mundo como el de hoy, manifiestamente violento².

¿Cómo se transformaron las formas de la prostitución a lo largo de este siglo? Por esta puerta de entrada es posible conocer y discutir, aunque sea brevemente, la manera antigua y extraña a través de la cual nos relacionamos con la cuestión de la sexualidad, cuestión a la que, como observó Foucault (1979) hace ya algunas décadas, fingimos no dar importancia, a pesar del papel central que ocupa en nuestras vidas. Desenmascarar históricamente el mundo de la prostitución permite conocer algo de los mitos y fantasías que nosotros mismos construimos alrededor de la sexualidad y las profundas dificultades con que cercamos el deseo, delicado tema muy bien tratado recientemente en la película *El proceso del deseo*.

EL NACIMIENTO DE LA ZONA DE MERETRICIO

Es posible ponerle fecha al nacimiento de la antigua zona de meretricio en São Paulo a partir del final del siglo XIX e inicios del

² Sobre la lucha internacional de las prostitutas por sus derechos ciudadanos, véase Pheterson, 1989.

MARGARETH RAGO

XX, cuando la ciudad comienza a industrializarse y recibe un enorme contingente de trabajadores inmigrantes europeos. El crecimiento demográfico es vertiginoso, lo que lleva a las autoridades públicas a preocuparse por la urbanización e higiene de la ciudad: se canalizan las aguas y los desagües, se abren nuevas avenidas, se construyen casas burguesas y para obreros y se crean modernos servicios de confort para la población (véase Morse, s/f; Rago, 1985; Sevcenko, 1992).

En ese contexto, por ejemplo, el arquitecto Ramos de Azevedo y su equipo construyen, en 1911, el Teatro Municipal, marco de presentación de las compañías extranjeras de ópera, danza y teatro y de las relaciones sociales de la moderna burguesía. También surgen los salones de té y los bares elegantes, los cafés-concierto, los cabarés y los clubes, así como los teatros y los cines, que animarán la vida social de hombres y mujeres, ricos y pobres. Por uno y otro lado crece la animación de la vida social a partir de un fuerte sentimiento de entrada en los tiempos modernos, de participación en un mundo que finalmente se adecuaba al compás de la historia, adoptando los patrones de comportamiento, las modas y los hábitos de París, Londres y, posteriormente, Norteamérica (Bruno, 1984).

En los salones de té famosos, atendidos por familias “respectables” y *cocottes* de lujo, como el Castelões, en la actual plaza de Antonio Prado, en los cabarés afrancesados, como Chez Nous o Salomé, en los burdeles de lujo, como el Palais Elegant, el Palais de Cristal, el Hotel dos Estrangeiros, el Maxim´s, localizados en el centro de la ciudad, se intentaba recrear el escenario adecuado para recibir la presencia de las prostitutas francesas o afrancesadas, que las autoridades públicas describían como extravagantes y escandalosas, acompañadas por adinerados “coroneles”³ y conocidos abogados, entre otras figuras de la bohemia paulista (Fonseca, 1982).

Desde el final del siglo pasado, los autores de memorias llaman la atención sobre la presencia de jóvenes vendedoras de

³ Políticos provincianos del interior del país (N. del T.).

¿ROSTROS DE MUJER?

flores y cigarrillos en el centro de la ciudad, como también “chicas amables” que invitaban a los transeúntes a entrar en sus pequeñas casas de planta baja en la antigua zona de meretricio, situada entre las calles Libero Badaró (antigua S. José), Benjamin Constant, Beco dos Mosquitos, Senador Feijó, Quintino Bocaiúva, Esperanza (hoy plaza da Sé), Caixa d'Água, Conceição –varias de ellas desaparecidas a causa de la reforma urbana de 1911, promovida por el alcalde Antonio Prado-. El historiador Paulo Duarte, por ejemplo, que iniciaba sus paseos bohemios por los callejones y calles estrechas de la ciudad, en los primeros años de aquella década, habla de casas pequeñas, “en cuyas ventanas, un poco ocultos por las cortinas, aparecían rostros de mujeres pintadas, invitando a entrar a todo el que pasaba. La invitación se hacía siempre con la misma frase: “¡Adelante, simpático!” (Duarte, 1975: 225; Rago, 1991: 83).

Al contrario, para el comisario Candido Motta, autor del primer proyecto de reglamentación de la prostitución en Sao Paulo, en 1897, las mujeres muy “escandalosas” que ahí vivían producían tumultos constantes, exhibiéndose desaliñadas en las ventanas y provocando a los hombres que pasaban. Por esto mandó que se les distribuyeran 220 reglamentos, donde se determinaba:

- a) que no son permitidos los hoteles o conventillos, pudiendo las mujeres públicas vivir únicamente en domicilios particulares, en número nunca mayor de tres;
- b) las ventanas de sus casas deberán estar provistas por dentro de cortinas dobles y, por fuera, de persianas;
- c) no está permitido llamar o provocar a los transeúntes con gestos o palabras o entablar conversación con ellos;
- d) desde las 6 horas de la mañana, en los meses de abril y septiembre inclusive, y desde las 7 de la tarde a las siete de la mañana en los demás meses, deberán tener las persianas cerradas, de modo que los transeúntes no observen el interior de las casas, no estando permitido detenerse en la puerta;
- e) deberán guardar toda decencia en el vestido cuando se asomen a la puerta o salgan a la calle, para lo que deberán usar vestidos que oculten completamente el cuerpo y el busto” (Rago, 1991: 113).

MARGARETH RAGO

Para completar el reglamento propuesto creó un libro de registro de las prostitutas en la Comisaría de Costumbres, donde constaban informaciones personales como nombre, edad, nacionalidad, profesión y domicilio.

Uno de los frequentadores de este territorio era el futuro escritor modernista Oswald de Andrade, que confesaba haber hecho su iniciación sexual en una de esas casitas de planta baja, donde conoció francesas, polacas e italianas, incluso en los primeros años de este siglo.

“Al bajar por la calle Líbero Badaró en dirección a casa, después de las clases, yo hacía habitualmente una parada en el bar del padre de Ponzini. Era un ambiente popular y curioso (...). En esa calle estrecha se concentraban las mujeres de la vida, que permanecían, hasta muy tarde en la noche, semidesnudas y apoyadas en las ventanas y puertas de la calle Líbero Badaró.

Procuraba, no obstante, cubrir siempre de romanticismo mis visitas nocturnas y rápidas. Por eso me desagradó mucho cuando una mujer que se desnudaba en la cama me dijo: ‘no necesitas sacarte las botas’” (Andrade, 1971: 5).

Alrededor de 1913, la prostitución del centro de São Paulo agonizaba y las prostitutas fueron empujadas por el progreso hacia las calles Ipiranga, Timbiras y Amador Bueno, mientras que la prostitución más baja se concentró entre las calles Senador Feijó, Riachuelo, Ladeira de S. Francisco hasta el Piques, lugar de las prostitutas negras. Pero, según el historiador Jacob Penteado, la “escoria” de las prostitutas se encontraba en el barrio italiano de Brás: inicialmente en la calle Cruz Branca, donde atendían a bajos precios, pasando posteriormente a la calle Chavantes, en las cercanías de las estaciones del Norte y de la São Paulo Railway.

En realidad, no todas las prostitutas estaban concentradas en las áreas pobres del meretricio, también existían muchas “pensiones alegres”, “casas de tolerancia”, hoteles y burdeles más refinados y elegantes repartidos por las áreas centrales, como la avenida S. João y el Largo de Arouche. El Armenoville, de la “matro-

¿ROSTROS DE MUJER?

na” Mère Louise, citado por muchos autores de memorias, por ejemplo, se encontraba en la calle Amador Bueno, reuniendo, hasta altas horas de la noche, a los bohemios de la ciudad.

Es más, a medida en que la geografía del placer se extendió y las formas de consumo sexual se diversificaron, otras nuevas modalidades de consumo de amores ilícitos se hicieron presentes. Según el testimonio oral de Madame Odette, antigua costurera francesa, profunda conocedora de este mundo, y hoy con aproximadamente 86 años de edad, existieron, a partir de los años treinta, los *rendez-vous*, ambientes más discretos y familiares.

“Tenía el *rendez-vous* de Suzanne Valmont, que era algo muy especial, en la calle Timbiras, una hermosa casa. Nadie iba allí sin telefonar antes. La señora Velmont sólo recibía previa cita por teléfono y precisando día y hora (...). No recibía a cualquier cliente. No era como allí, en la zona...” (Rago, 1991: 174).

PLACER Y FIESTA EN EL MUNDO BOHEMIO

Varios historiadores, literatos, abogados, artistas y periodistas, incluso antiguas prostitutas, llaman la atención sobre la importante función social desempeñada por el burdel en los comienzos de la modernización y la industrialización, cuando todavía la ciudad disponía de pocas opciones nocturnas de ocio⁴. Muchos hombres buscaban en este espacio erotizado el encuentro con los amigos, las conversas tranquilas y los contactos políticos más que las relaciones sexuales. Muchos músicos de orquesta completaban sus salarios, siempre insuficientes, presentándose en los cabarés y *pensions* de lujo, como informa Madame Odette. Según ella, cuyo recuerdo del pasado está marcado por una relación extremadamente afectiva que excluye la violencia, el mundo de la prostitu-

⁴ Michel Maffesoli presenta una interesante discusión sobre esta cuestión en su artículo “La prostitution comme forme de socialité”, 1984.

MARGARETH RAGO

ción era el lugar de la fiesta, el placer y la relajación, en una ciudad industrial caracterizada por la creciente disciplina en el trabajo.

Cícero Marques se refiere al Maxim´s de la “matrona” Salvadora Guerrero como «el lugar preferido por la bohemia paulista y políticos importantes. Allí, la compañía de Salvadora era solicitada en todos los grupos para alegrarlos con su constante buen humor y contar, con su gracejo de auténtica española, las cenas bohemias en las que ella fue protagonista en sus buenos tiempos» (Marques, 1942: 147).

Paulo Duarte, al hablar de los “saraos bohemios” que se realizaban en el burdel de la “matrona” Mère Louise, explica que “lo que realmente hacíamos era comer bien, siempre con buen vino (...), contar chistes y discutir de nuestros autores predilectos, que en ese tiempo eran Dante (Nino Galo), Camões y otros, portugueses y brasileños (yo), Anatole, Verlaine y Baudelaire principalmente (...) y otros autores que nadie podría esperar encontrar en aquella casa (...)” (Duarte, 1975: 122).

Todo indica, por tanto, que, al contrario de lo que la prensa de la época sugería, pertenecer al submundo de la prostitución en las primeras décadas del siglo, y probablemente hasta los años cincuenta, no era una experiencia negativa ni era vista como inmoral, al menos para los hombres. Sabemos que, según los patrones de masculinidad entonces vigentes, la virilidad debía ser públicamente demostrada, lo que les exigía a los hombres algunas estrategias sociales amorosas. Circular con las *cocottes* en el Bar Municipal, en restaurantes elegantes, amén de frecuentar los burdeles más famosos, o incluso tener un “*rabo de saia*”, esto es, una prostituta fija, muchas veces instalada en una casa o un departamento en un barrio residencial, como Higienópolis o la avenida Paulista, figuraban entre las opciones que casados y solteros encontraban para demostrar públicamente su capacidad sexual.

Es importante notar que la prostitución constituyó también un espacio de sociabilidad, acogiendo, al lado de los hombres, prostitutas, vocalistas, bailarinas, chicas de barra, empleadas y “matronas”. También son famosas en la ciudad las historias que revelan la rivalidad establecida entre las mujeres que participaban de

¿ROSTROS DE MUJER?

este universo, teniendo acceso a las conversas bohemias, los chistes rojos, los juegos lúdicos y eróticos, las bebidas y demás placeres, y las “mujeres de la casa”, radicalmente excluidas de todo lo que fuese considerado nocivo o amenazador para una moral extremadamente rígida y conservadora. También son conocidas las historias que revelan estas rivalidades en la competencia de la moda, ya que muchas *cocottes* traían los estilos y confecciones de mayor éxito de los centros europeos.

También es importante observar que, en la literatura femenina de la época que toca el tema de la prostitución, como en *Vertigem*, de Laura Villares, y en *Virgindade inútil e anti-higienica*, de Ercília Nogueira Cobra, la “mujer de la vida” es percibida como una figura que se emancipa sexual y económicamente a través de la venta de su cuerpo, muy al contrario de lo que ocurre con los personajes de la literatura escrita por hombres (Rago, 1991: 220).

En el contacto con el universo *chic* del submundo, conviviendo con las altas esferas de la bohemia brasileña y porteña, la prostituta conoce el amor y el placer sexual, a ejemplo del personaje central de *Virgindade...* publicada en 1927. Al contrario de *Lucíola*, de Alencar, o de *Naná*, de Emile Zola, la prostituta triunfa en la prostitución, realizando las fantasías sexuales y eróticas de sus autores en París.

Al considerar las diferencias de género en la representación de la prostitución, no pretendo demostrar que las mujeres eran menos moralistas que los hombres y que percibían el comercio del sexo femenino de una manera más avanzada. Sólo quiero demostrar los diferentes significados culturales a través de los cuales el hecho fue construido por mujeres y hombres en un determinado momento histórico. Distantes de los territorios del deseo, las “mujeres honestas” y las “hijas de familia” sólo podían tener una relación fantasiosa con este mundo poblado de misterios, aventuras e imágenes literarias. Una vez que la sexualidad en general era considerada un mundo tabú, y que el tema de la prostitución era totalmente condenado en el universo femenino, las mujeres procuraban informarse de las innumerables maneras posibles, lo que llevaba a la proyección de sus propias fantasías sobre los envidiados «amores ilícitos».

MARGARETH RAGO

EL CONTROL DEL DESEO FEMENINO

Entre tanto, es bueno recordar que las fantasías suscitadas por la dimensión erótica y transgresora de estas zonas del deseo hicieron surgir varias iniciativas masculinas dirigidas a contener y disciplinar las “sexualidades marginales”, a ejemplo del ya citado reglamento de Candido Matta. Aun siendo prácticamente insuficiente, ya que no fue tenido en cuenta por las meretrices y fue ridiculizado por los abolicionistas, que criticaban la intromisión del Estado en la vida sexual de los ciudadanos, esta política no dejaba de tener algún resultado, principalmente en cuanto a favorecer la violencia policial contra las meretrices, sobre todo en el caso de las más pobres y desprotegidas, que llegaban a ser fichadas por la Comisaría de Costumbres.

A pesar de toda la crítica que los liberales hacían a la intervención de las autoridades públicas en el mundo de la prostitución, acusando al Estado de asumir el papel de gigoló, la persecución policial a las prostitutas, así como a los homosexuales, fue y continúa siendo una práctica constante en la experiencia de estos grupos.

En realidad, una política de confinamiento propiamente dicho de la prostitución en São Paulo sólo ocurre durante la dictadura del Nuevo Estado, hacia el año 1940, cuando el interventor Ademar de Barros defiende que las meretrices sean confinadas en el barrio judío del Bom Retiro, en especial en las calles Itaboca, Aimorés, Timbiras y Carmen Cintra, mientras que en Río de Janeiro fueron ubicadas en la conocida zona del Mangue. En 1954, bajo el gobierno de Lucas Nogueira Garcez, se lleva a cabo de forma drástica, como informan los periódicos, el desconfinamiento, y esta zona de meretricio es cerrada. Nace, entonces, el *trottoir*, siendo muchas mujeres lanzadas a las calles sin ninguna posibilidad de protección ni ayuda pública, repartiéndose por diversos barrios de la ciudad, donde, aisladas, quedaban mucho más expuestas a la violencia policial.

Es curioso notar que, observando las formas de control que el Estado ejerció en el mundo de la prostitución, siempre estuvo presente en la sociedad una determinada representación de la sexua-

¿ROSTROS DE MUJER?

lidad que sólo recientemente comienza a ser cuestionada. Esta concepción se basaba en las teorías lombrosianas y médicas del siglo pasado sobre el cuerpo y el deseo femeninos, bien afirmando la absoluta ausencia del deseo sexual en la mujer, nacida exclusivamente para la maternidad, bien alardeando contra la existencia de peligrosos misterios en su sexualidad, concentrados principalmente en un pequeño órgano insistentemente comparado con el pene: el clítoris.

Varios médicos, desde el siglo XIX, afirmaban la importancia del clítoris para el orgasmo femenino, reconociendo incluso las necesidades fisiológicas de la madre, tenida como frígida por el marido desatento e ignorante. En 1886, el doctor Camilo observaba en su estudio sobre *El onanismo en la mujer*:

“El clítoris es un órgano eréctil, cuya estructura se asemeja a la de los cuerpos cavernosos y que, apoyado sobre el dorso del pene, en el acto de la cópula, recibe la excitación por la fricción de éste, dando en resultado la satisfacción del deseo sexual” (Apud Rago, 1994: 8).

Advertía así a los maridos sobre los resultados de una satisfacción propia muy rápida:

“De modo que, si por lentitud el clítoris no es perfectamente friccionado por el pene, permitiendo sólo un comienzo de placer, este acto que le es más incómodo que agradable la obliga a masturbarse para completar el placer que comenzaba a sentir” (*Ibid.*).

A su vez, el doctor Olavarrieta, en su manual de *Higiene sexual*, de 1929, destinado a orientar la conducta sexual de las parejas, intentaba alertar a los maridos sobre la importancia del placer en el matrimonio como principal medio de evitar que las esposas se aburriesen y buscaran recursos extras. Según él, “equivocadamente, el casado evita con su mujer toda clase de refinamientos durante el acto sexual, creyendo de este modo cumplir más fielmente las obligaciones del marido, ya que la alegría, la satisfacción y el re-

MARGARETH RAGO

creo quedaban en los brazos de sus amigas anteriores. Repetirlo con su propia mujer, la que va a ser madre de sus hijos, sería insensato, equivaldría tanto como a insultarla, ofenderla, quizás prostituirla” (Olavarrieta, 1929: 16).

LA INVENCION DE LA PROSTITUTA

A partir de la concepción de que la sexualidad correspondía a una energía salvaje y “volcánica” contenida en la región más oculta de la psique del individuo y que fundaba su propia subjetividad, se entendió que la geografía de la ciudad debería abrigar un espacio privilegiado para la evasión del deseo, para la liberación de las fantasías eróticas y sexuales, para todo tipo de transgresión, desde el lenguaje hasta la ropa, pero sólo para hombres. No hay dudas de que los burdeles, los cabarés, las “pensiones alegres” funcionaron centralmente como espacios de socialización masculina, y sólo periféricamente como lugares de socialización mixta.

Las mujeres que participaban del universo de este submundo eran estigmatizadas como “anormales”, “locas” o “degeneradas natas”, esto es, eran percibidas en gran parte a través de las identidades perversas tan minuciosamente definidas por los médicos y reproducidas sin mayor cuestionamiento por la sociedad hasta los años sesenta. Es más, por más que las mismas prostitutas cuestionasen en la práctica el discurso médico, es difícil creer que no incorporaran muchas de estas concepciones negativas constitutivas del imaginario de la prostitución y que definían códigos vigentes en el *bas-fond*. Basta recordar que, en las estadísticas policiales de la época, el número de prostitutas extranjeras es considerablemente menor que el de las brasileñas y, no obstante, la principal imagen de la prostituta expresada en la literatura, en las fotos de los periódicos, en los casos de pasión y violencia, se refiere a la francesa o a la polaca, envidiada y copiada por todas. Madame Odette recuerda que muchas “mujeres” venían del interior hacia la ciudad, donde aprendían con “las francesas más experimentadas” a comportarse y prostituirse, adoptando nombres franceses y tiñéndose el cabello para parecer extranjeras.

¿ROSTROS DE MUJER?

El perfil de la prostituta imaginado por el médico francés Alexandre Parent-Du-chatelet, responsable de la higienización de París en los comienzos del siglo XIX, fue perfeccionado en las décadas siguientes por los especialistas que se ocupaban de descifrar el cuerpo y la sexualidad femeninos (Corbin, 1978).

Es verdad que, en esta elaboración imaginaria, los médicos buscaron los misóginos discursos religiosos que en el pasado definieron sexualmente a la mujer y se dejaron influenciar directamente por las figuras literarias que circulaban en las novelas y folletines de la época, a ejemplo de *Marguerite de Gautier*, *Naná*, *Lucíola*. Prácticamente, en toda la documentación a la que tuve acceso en mi investigación, la prostituta aparece identificada con la mujer víctima de las adversas condiciones del destino, o con la figura de Salomé, que tuvo un inmenso éxito en el *fin de siècle*, principalmente por las obras de Oscar Wilde y Audrey Beardsley (Showalter, 1994).

De cualquier modo, frágil o poderosa, la prostituta fue asociada con un tipo físico definido, caracterizado por innumerables trazos sospechosos y principalmente por tener una caja cerebral inferior a la de la mujer normal y a la del hombre común. En otras palabras, cuando el derecho al placer fue admitido para la mujer, ésta fue encuadrada en la condición de figura de la monstruosidad.

EN BUSCA DE NUEVOS PARÁMETROS DE LA SEXUALIDAD

Ante la crítica actual al encuadre conceptual dado a las prácticas tradicionales de los amores ilícitos, y la crítica también de nuestras representaciones de la sexualidad y el deseo, se plantean algunas cuestiones.

En relación con la prostitución, es sintomático observar la desaparición de la antigua figura de la prostituta, junto con la desaparición de todo el escenario en que ella actuaba. Los burdeles o zonas de meretricio de que aquí hablamos ya no existen. Tampoco las figuras de la prostitución descritas por los médicos, policías y literatos pueden ser encontradas en la práctica, como en otro tiempo. En otras palabras, aparentemente, aquella forma de prostitución nacida en la modernidad dejó de existir, quedando de ella apenas algunos rostros amenazados por el olvido.

MARGARETH RAGO

Por otro lado, sabemos que la prostitución no ha desaparecido y que, por el contrario, ha crecido. Es sorprendente, incluso, observar determinados cambios más recientes en los comportamientos sexuales y en las relaciones de género. Quisiera llamar la atención sobre la manera como la *cocotte* de los años veinte, estilo Lulu, un poco gitana, con medias negras, falda corta, blusa estrecha y escotada, cabellos sueltos y sensuales, labios muy rojos, se convirtió en fuente de inspiración para “cocotas”, esto es, jóvenes entre 20 o 30 años, de cualquier clase social. Si en las décadas de los años veinte y treinta esta moda hubiera sido identificada inmediatamente como estilo típico de meretriz, hoy no evoca ninguna imagen de “perversión sexual”, para usar una expresión propia del pasado.

Igualmente ocurre con lo que se entendía como comportamientos sexuales “desviados”, prohibidos y “anormales”. Todo eso hace décadas que perdió su validez. Estoy de acuerdo con Giddens (1992), quien piensa que hoy el sexo ha perdido toda su dimensión de perversidad. Difícilmente podríamos ubicar en la actualidad dónde se vive una supuesta liberación sexual: ¿en la relación sexual de la pareja heterosexual bien instalada en su casa de playa o en la relación extraconyugal del ejecutivo que se divierte con “chicas de compañía” encontradas en el Café Photo?

No quiero decir con esto que ya realizamos la utopía de la liberación sexual, ni que nuestra época abolió los prejuicios y estigmas sexuales. Quiero, más bien, llamar la atención sobre muchos cambios que están ocurriendo, especialmente la ruptura de aquellas rígidas demarcaciones que situaban a las mujeres “honestas” en un lado y a las “perdidas” o “públicas” en otro. El concepto de “mujer pública” hoy remite a aquella que participa directamente de los negocios y de la política, y ya no a la prostituta. Este cuestionamiento práctico de las oposiciones binarias que organizaron las representaciones de la sociedad, informando nuestra manera de pensar, aparece, entonces, en la manera como tendemos hoy a experimentar la sexualidad, buscando abolir de los gestos la lectura de la identidad y, sobre todo, buscando eliminar la noción de marca esencial. Al final, y recordando los apor-

¿ROSTROS DE MUJER?

tes de Jurandir Freire Costa en este mismo seminario⁵, ¿para qué conservar nociones, conceptos y teorías ineficientes que nunca nos hicieron bien?

⁵ Se refiere al seminario organizado, sobre este mismo tema, por IMS/UERJ en diciembre de 1994.

Bibliografía

ANDRADE, O.

1971 *Um homem sem profissão. Sob as ordens de mamãe*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro.

BRUNO, E.S.

1984 *Tradições da cidade de São Paulo* (3 vols.), Hucitec, São Paulo.

CORBIN, A. .

1978 *Les filles de noce. Misère sexuelle et prostitution à Paris au XIXe. siècle*, Flammarion, Paris.

DUARTE, P.

1975 *Memórias* (vol. 2), Hucitec, Sao Paulo.

ENGEL, M.

1989 *Meretrizes e doutores. Saber médico e prostituição na cidade de Rio de Janeiro*, Brasiliense, São Paulo.

FONSECA, G.

1982 *História da prostituição em São Paulo*, Resenha Universitária, São Paulo.

FOUCAULT, M.

1979 *História da sexualidade. A vontade de saber* (vol. 1), Graal, Rio de Janeiro.

¿ROSTROS DE MUJER?

GUIDDENS, A.

1992 *A transformação da intimidade*, Editora da UNEPS, São Paulo.

MAFFESOLI, M.

1983 “La prostitution comme forme de socialité”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXXVI.

MÁRQUES, C.

1942 *Tempos passados*, Moema, São Paulo.

MORSE, R.

S/d *Formação histórica de São Paulo*, Difusão Européia do Livro, Rio de Janeiro.

OLAVARRIETA, J.B.

1929 *Hygiene sexual*, A.C. Martin Editor, São Paulo.

PHETERSON, G. (Org.)

1989 *A vindication of the rights of whores*, Seal Press, Seattle.

RAGO, M.

1984 *Do cabaré ao lar. A utopia da cidade disciplinar*, Paz e Terra, Rio de Janeiro.

1990 *Os prazeres da noite. Prostituição e códigos da sexualidade feminina em São Paulo*, Paz e Terra, Rio de Janeiro.

1993 *O prazer no casamento*, mimeo.

SEVCENKO, N.

1991 *Orfeu extático na metrópole*, Companhia das Letras, São Paulo.

SHOWALTER, E.

1994 *Anarquia sexual*, Rocco, Rio de Janeiro.